

APÉNDICE  
AL PROCURADOR GENERAL,  
DE LA NACION Y DEL REY.

DEL DIA 8 DE FEBRERO DE 1814.

---

Señor Editor: en la víspera de mi salida de la Ciudad de San Fernando para esta Corte leí en el Diario Mercantil de Cádiz del día 9 de Diciembre un artículo comunicado dirigido contra mí, porque me opuse á que se discutiese en el Congreso Nacional cierta proposición relativa á derogar los Estatutos de la Real y distinguida Orden de Carlos III, en quanto exigen pruebas de nobleza á los militares, que son agraciados con la Cruz de la misma; manifestando que en mi concepto debian reputarse como una ley los referidos Estatutos, y por consiguiente su derogacion, y que no habiendo para esto en el Congreso suficiente número de Señores Diputados convenia que se suspendiese la discusion. Está firmado el artículo por un señor militar, el qual temiendo á mi ver el comprometerse, no tiene la franqueza de publicar su nombre y apellido, ántes bien ocultándole con todo estudio usa del anónimo *uno de tantos*, con cuyo disfraz pareciéndole que se halla autorizado para combatir mi opinion, se vale para ello de las armas prohibidas á todo fiel impugnador, esto es, de atacar á mi persona, creyendo, ya se ve, que si hace á esta sospechosa le será mas fácil desacreditar á aquella. Si este caballero se hubiese limitado á publicar franca y sencillamente su opinion, yo por cierto no me daria por ofendido porque fuese contraria á la mia, ni me ocuparia en contestar á su artículo, pero como léjos de guardar



en este la moderacion debida, se propasa á zaherirme en términos de comprometer mi carácter, ya de militar, ya de Diputado, no puedo prescindir de contestarle, poniéndome á cubierto de su crítica, así como de la que acaso podrá hacer el público en vista de su papel. Debo, asimismo deshacer algunas equivocaciones que éste padece, pues dexándolo correr como se halla, podría sorprehender á quien lo leyese, y causar un concepto equivocado.

Empieza este Señor impugnador por lamentarse de que al paso que *hay Españoles, en cuyos corazones hace grande impresion la suerte de sus defensores, y tratan de mejorarla, hay otros que parece estan empeñados en contrariar su prosperidad;* y no queriendo en comprobacion de esto, entre muchos exemplos que indica, citar mas que el de la actual cuestión, es visto que aquel *otros* precisamente recae sobre mí, y que yo soy el blanco contra quien dirige sus tiros. Me supone por lo mismo un militar opuesto á la prosperidad de todos los militares, sin mas fundamento que por haber opinado que la dispensacion de las pruebas de nobleza que exige la Real Orden de Carlos III es una derogacion de ley, y que por lo mismo debiera tratarse este punto con mayor pausa y circunspeccion, en lo qual no sé que pueda haber perjudicado á los militares en la cosa mas minima; y aun si se va á examinar el parecer de todos estos, no se si serán muchos los que crean con el Señor Autor del comunicado que se les ha hecho un notable perjuicio en no haber accedido inmediatamente á la propuesta, tanto mas no hallándose esta todavia desechada.

Prosigue el mismo, pretendiendo desacreditar mi concepto militar, diciendo que fui agraciado con la Gran Cruz de la Orden de Carlos III porque me hallé junto al General Blake en la accion de Alcañiz. A la verdad que en esto demuestra este señor militar muy poco talento, por que, ó ignora cuál es el puesto de un General en Gefe en una batalla, ó se persuade que los que estan á su lado no pueden participar jamás de la gloria que á él le resulta en ganarla. Sepa este caballero que un General en Gefe no cumple con su empleo, ni con la confianza que de él ha hecho el Gobierno, sino se presenta en todos y en cada uno de los puntos de la línea de batalla, siempre y quando su



presencia es necesaria para ganar la accion, con lo qual dicho se está que ha de estar en medio del peligro sufriendo las balas como el primer soldado, y en este concepto no creo que por nadie se le haga la injusticia al Señor Blake de creer que no cumplia con estas obligaciones, pues todos los que hemos estado á sus órdenes somos testigos de lo contrario; con que habiendo yo estado *junto* al referido General Blake, es prueba evidente de mi valor, y no de lo que quiere dar á entender este Señor Impugnador. Pero todavia le diré algo mas, ya que me provoca á ello (á pesar de que me es repugnante el hacer mérito de mis acciones militares), que el feliz éxito de la accion de Alcañiz se debió en gran parte á mi valor y presencia de espíritu, y á las disposiciones que tomé haciendo por mí mismo volver caras al enemigo á muchos soldados que empezaban á huir, y que abandonaban el campo de batalla; ésta empezó á las siete de la mañana, y se acabó á las tres de la tarde, en cuyo tiempo no me estuve, como se quiere suponer, como un poste *junto* al General Blake, sino executando sus órdenes, yendo á la derecha, á la izquierda, donde mas convenia, pasando por encima de mi cabeza muchas balas y granadas. Todos los Gefes y Oficiales de aquel Ejército presenciaron mi conducta, y por sino le satisface al Señor Autor del artículo le convido á que lea el parte de la accion de Alcañiz que dió al Gobierno el General Blake, el qual se halla inserto en la Gaceta del 2 de Junio de 1809, en el que me hace este General un elogio mayor del que yo merezco; él mismo pidió para mí á la Junta Central la gracia de la Gran Cruz, sin que yo diera paso alguno para solicitarla, ni ménos supiera que la solicitaba dicho General, hasta que quiso noticiármelo; por lo qual así á él como á la benignidad del Gobierno debo el tener esta recomendable distincion, obtenida por mi buen porte en la batalla de Alcañiz.

El Señor Impugnador no se contenta con desacreditarme como militar, lo quiere hacer tambien como Diputado, pero en esto aun si cabe, es ménos feliz, porque cae en una contradiccion la mas monstruosa. Dice que yo solo me opuse en el Congreso á la propuesta de que tratamos, y no sé



como no ha tenido presente que el Señor Diputado Villanueva apoyó mi proposición con toda eficacia y que otros Sres. Diputados hubieran igualmente hablado en favor de la misma, á no haberse cortado la discusión, y pasado á votarla. Confiesa que la mayoría del Congreso convino en mi opinión, y en esto sin querer se contradice á sí mismo, pues en el hecho de decir que yo llevé tras de mi opinión á la mayoría, prueba bien á las claras que no fui yo solo el que se opuso á la propuesta sino es la mayoría del Congreso, que lo hizo conmigo.

Entremos ya en materia, pues lo dicho me parece suficiente para deshacer las equivocaciones que á primera vista resaltan en este escrito. No trato por esto de meterme (como quizá desearia el Señor Impugnador) en el fondo de la cuestión que él tan imprudentemente ha provocado sobre el verdadero carácter de la nobleza militar; otros la podrán ventilar en caso necesario con mas oportunidad y acierto que yo, y acaso con menos sospecha. Per ahora tan solo pretendo, (ya que estoy comprometido en contestarle) mirar este asunto baxo de un aspecto muy diferente del que él lo ha mirado, esto es probando dos cosas, la primera, que el dispensar las pruebas de nobleza que exigen los Estatutos de la Real Orden de Carlos III es lo mismo que destruir el carácter, que constituye el ser y esencia de esta misma; la segunda, que la propuesta ya citada no es ventajosa á los militares en general, y que tampoco se ha hecho con sana intencion de favorecerlos, si mas bien, á lo que yo entiendo, para hacerles creer así, persuadiéndoles con palabras lisonjeras que son ellos el único objeto de la referida propuesta, quando tal vez son otras las miras que pueden llevarse con pretexto de su beneficio!

En orden á la primera, quisiera yo que el Señor Autor del comunicado me dixera, ¿qué le pareceria si alguno propusiese á las Cortes que se dispensasen las pruebas de valor en juicio contradictorio que exige á los militares la orden Nacional de San Fernando? yo no dudo que se escandalizaria de la propuesta, y que clamaria altamente contra ella; pues de igual clase es lo que se propone en la Real Orden de Carlos III. Así como las pruebas de nobleza son las que constituyen el verdadero carácter de ésta, así las del valor cons-



tituyen el de aquella, y una y otra Orden desmerecian enteramente y pasarian á ser de otra condicion muy distinta, y en una palabra á no ser ni su sombra, si se les dispensasen estos requisitos. Por otro lado, ó se pretende destruir enteramente la nobleza Española, ó que ésta no exista quando ménos en la clase militar; una y otra son novedades muy ajenas del sistema y espíritu de nuestra Constitución, la que conserva las clases y gerarquías como que son inherentes á todo Estado Monárquico hereditario, y no sé por qué se ha de pretender que en la Milicia Española no se conserven estas mismas, quando esta clase tan benemérita y tan distinguida es una de las que siempre han constituido este mismo Estado, y camina al par de las demas. Fuera de esto, quando se trata de hacer una alteracion tan sustancial é importante, seria de desear que se consultase el voto de todos los militares, como tan interesados en ella, proponiendo de buena fé la siguiente cuestion: *¿conviene ó no al bien general de la Nacion el que se extinga la nobleza de la clase militar?* Este seria un modo franco y generoso de proponerla; no el que adaptaron los Sres. de la comision de Legislacion, los quales tomando pretexto de la solicitud particular de un Oficial, quien propone á las Cortes que seria muy conveniente dispensar á la clase militar las pruebas de nobleza que se la exigen en la Orden de Carlos III, lo pusieron así tambien, sin dar razones solidas y convincentes en comprobacion de esta misma conveniencia, antes bien, eludiendo el entrar en la cuestion principal, pretendieron que sin mas exámen ni detencion se pasase á la discusion de semejante propuesta; en lo qual al parecer no se trataba de otra cosa que de sorprehender á algunos ánimos poco prevenidos, con el fin de lograr su idea. Vease ahora pues, si yo he podido perjudicar en algo á la clase militar por solo haber detenido por algunos dias la discusion de este asunto, lo que desde luego proporcionará mayor exámen y conocimiento de una cuestion tan delicada.

Pasemos ahora á probar que esta propuesta no es ventajosa á los militares en general, segun se quiere dar á entender. Si todos los militares Españoles hubieran empezado á serlo en las actuales circunstancias, esto es que anteriormente no se hubieran distinguido como tales, es claro que



no deberían considerarse desiguales en mérito unos de otros, pues siendo una la causa que á todos los movia á señalarse en la defensa de la Patria, igual debería ser el agradecimiento de ésta para con todos ellos, y por consiguiente de igual clase los premios á que se hiciesen acreedores. Pero léjos de verificarse así, son muy distintas las causas que constituyen una desigualdad indispensable entre los mismos militares, y sin hacer ahora particular mérito del nacimiento ú otras calidades personales, yo no puedo dexar de hallar una diferencia entre aquellos militares que ahora han empezado á serlo, y aquellos otros, cuyos ascendientes y familias de tiempo inmemorial se han señalado constantemente haciendo servicios muy recomendables á la Patria. Quiere suponer el Señor Impugnador superiores á estos primeros, respectivamente á las circunstancias tan extraordinarias que han concurrido en esta gloriosa lucha, pero yo que reconozco estas mismas circunstancias, y no por eso me dexo llevar de preocupaciones, quisiera poner delante de su vista un paralelo justo entre los Españoles que actualmente han liberrado la España del yugo de los Franceses, y los que en tiempos antiguos la libertaron del yugo de los Moros, y en vista de este quisiera me dixera sino deberán reputarse quando ménos por igualmente héroes á los unos que á los otros, y si la nobleza justamente adquirida por nuestros abuelos por hazañas y servicios singulares hechos en aquella época, no ha de valer algo en nuestros días, para constituir digámoslo así, una especie de gerarquía en la milicia misma, la qual es necesario conservar siempre que se quiera sostener el carácter de una Nación noble y guerrera como la Española, la que en todas épocas no solo en la presente, ha dado el mayor lustre á los militares, los quales la han hecho respetar de todas las Naciones del Mundo, conquistándola su libertad é independencia. Si pues para conservar el entusiasmo y el carácter nacional es indispensable estimular á nuestros militares con la memoria de las heroicas acciones de nuestros abuelos, por la misma razon no deberá chocar tampoco el que se conserve algun género de distincion entre aquellos, cuyos servicios hechos á la Nación por sus ascendientes estan calificados en épocas anteriores, y los otros que ahora los han



principiado; pues así como aquellos tienen por la misma razón una obligación mas de esforzarse para no desacreditar el honor ya adquirido, así estos tendrían un estímulo mayor para imitarlos é igualarlos. De aquí la necesidad de conservar la nobleza militar, y que ésta tenga un premio señalado en la Real Orden de Carlos III, así como el valor militar lo tiene en la orden Nacional de San Fernando, pues con una y con otra se pueden premiar las virtudes militares, conservando empero las calidades que exigen ambas á dos, quedando como queda siempre al arbitrio y voluntad de las Cortes el dispensar estos requisitos quando lo tengan por conveniente.

Peró yo desearia que el señor Autor del artículo no se decidiese á elogiar con tanto empeño la propuesta en cuestión, sin exáminar ántes el espíritu con que se propone; seria conveniente que reflexionase si acaso con el pretexto de proteger solamente á la benémrita clase militar se trata de abrir la puerta á todas las clases del Estado, pues á la verdad hecha la excepcion en una, no seria extraño que el dia de mañana clamase alguno en el Congreso, diciendo que todas las distinciones eran solo para los militares, y que no habia razon para que los paisanos fuesen privados de ellas, habiendo hecho en esta época muchos de estos tan heroicos servicios como los militares. En tal caso los militares vendrian á quedar burlados, y ¡quién sabe si encontrarían entónces apoyo en los mismos que ahora aparentan protegerlos! Por último los militares Españoles no se han quedado jamás, ni se quejan de que se les exijan pruebas de nobleza en la Real Orden de Carlos III, estan conformes y lo han estado toda la vida en hacerlas, y porque un Oficial se haya propasado á solicitarlo, este será quando mas un voto particular que no han seguido los demas; así este mismo Caballero como qualquier otro que se halle en el caso de solicitar la dispensa de pruebas, tiene el camino expedito para hacerlo, y las Cortes probablemente no rehusaran concedérsela, siempre y quando concurren en él circunstancias muy relevantes de méritos y servicios militares.

Un solo escrúpulo me queda, que no quiero dexar de manifestar al señor Autor del comunicado. Dígame este Caballero: ¿no es cierto que la Real Orden de Carlos III,



fué instituida por el Señor Don Carlos III, confirmada por su sucesor el Señor Don Carlos IV, y aprobada por los Pontífices Clemente XIV y Pio VI; y por esta misma razon no tienen sus Estatutos todo aquel grado de estabilidad y grandeza correspondientes al decoro y soberanía de dos Reyes y dos Pontífices que los sacionaron? Y en este caso, y siendo una Orden peculiar de nuestro Rey, destinada para que el mismo Monarca premie por su mano las virtudes y mérito de la nobleza española; y por qué razon, y sin un motivo extraordinario se pretende que se alteren estos Estatutos; tan solo porque un Particular lo solicita? Creeremos que el Señor Don FERNANDO VII no tendrá el mismo empeño que su Padre y Abuelo en conservar el lustre y el decoro que siempre ha caracterizado á esta Real Orden? Y es acaso prudente ó político el que se promueva en el dia esta cuestion en el Congreso Nacional, durante su ausencia? Y ya que se haya propuesto, ¿es posible que no se quiera, como yo lo indiqué, consultar sobre el particular á la Suprema Asámblea de esta Real Orden, que es la que representa la Suprema Autoridad del Rey, como Gran Maestro de la misma? Pregunto yo ¿si tuviésemos la dicha de ver en España á nuestro Rey el Señor Don FERNANDO VII habria quien hiciese semejante propuesta? Que me responda el Señor Impugnador, y quedará satisfecho. Madrid 15 de Enero de 1814. *El Marqués de La-  
zán y Cañizar.*

MADRID:

IMPRENTA DE DÁVILA.

AÑO DE 1814.